

**Lorenzo Peña**

Reseña de:  
Teófilo Urdániz, O.P.  
*Historia de la Filosofía*  
vols. VII y VIII

---

***Contextos* 9**  
(Universidad de León 1987)  
pp. 185-188  
ISSN 0212-6192

Teófilo Urdánoz, O.P., *Historia de la Filosofía*. Vol. VII: Siglo XX: Filosofía de las ciencias, neopositivismo y filosofía analítica; Vol. VIII: Siglo XX: Neomarxismos. Estructuralismo. Filosofía de inspiración aristotélica. Madrid: BAC, oct. 1984, marzo 1985, respectivamente. xi+435 PP. y xii+527 pp. resp.

Resulta triste escribir la reseña de unos libros cuyo autor acaba de fallecer. El buen P. Urdánoz, que tan fatigosamente trabajó para brindarnos su continuación de la *Historia de la Filosofía* del P. Fraile, ha muerto por desgracia hace pocos meses. Permítaseme, pues, iniciar esta reseña con el testimonio de mi pesar por su defunción.

Los dos volúmenes han de ser considerados conjuntamente. Y por los contrastes que marcan. Mientras que de la filosofía analítica no se recogen más que unos cuantos autores y temas —en general ligados con teoría del conocimiento científico—, silenciándose, total o casi totalmente, los cultivadores de la metafísica analítica (como Gustav Bergmann —a quien sólo se conceden unas pocas líneas en la p. 312 del t. VII—, H. Hochberg, R. Chisholm, A. Plantinga, D. Lewis, H.-N. Castañeda, R. Grossmann, R. Routley, N. Goodman, W. Sellars —a alguno de ellos cítao una o dos veces Urdánoz, dándose el caso de que Hintikka y Quinon son mencionados sólo en sendas notas a pie de página) e incluso Tarski y Popper son sólo mencionados de pasada (en un par de líneas, p. 312 del t.VII), en tanto que de Church o de Geach o de Kripke ni siquiera aparece el nombre una sola vez, numerosas páginas vienen, en cambio, consagradas en el t. VIII a escritorzuelos de 37ª fila, como los llamados «nuevos filósofos», B.H. Lévy, A. Glucksmann, J.M. Benoist, Ph. Némo etc., aparte de las larguísimas y aburridas exposiciones de autores de pequeña relevancia filosófica, como Althusser, Lévi-Strauss, Foucault, Lacan y Barthes —para no hablar ya de una, a mi juicio, desmesurada atención a los «neomarxianos»: Garaudy, Lefebvre, la Escuela crítica de Frankfurt y el «humanismo abierto» de Bloch y Fromm (a todos ellos en conjunto cerca de 300 páginas).

El marxismo «ortodoxo» es despachado bastante sumariamente, sin abordar siquiera las discusiones en él habidas sobre si la dialéctica marxista entra o no en algún tipo de conflicto con la lógica aristotélica. Podrá dudarse que los marxistas más o menos ortodoxos hayan hecho aportes originales genuinos a la historia de la filosofía; pero, si vamos a eso, por el mismo rasero habría que borrar de la gestaré de la filosofía no sólo a muchos de los neoescolásticos de que habla Urdánoz —aunque menos copiosamente de lo que otros pudieran temerse—, sino, desde luego, toda esa serie de aficionados a la filosofía barata y ensayística a quienes nuestro historiador consagra, con deleite y munificencia, tantísimas páginas. (¡Pensar que a Gosseth se le dedican, en el t. VII, menos de dos páginas, que a Vuillemin sólo se lo cita de pasada una vez, mientras que —como botón de muestra de las extravagancias del t. VIII— a un tal Dollé viénenle consagradas tres páginas!)

Es totalmente equivocado el enfoque que de la filosofía analítica se hace en el t. VII. Omítese a Frege, y se hace comenzar la filosofía analítica con Moore (p. 78). Sucumbe Urdánoz a una confusión terminológica al ver en el filosofar analítico un movimiento hostil a la síntesis, a la sistematización y, por ende, a la metafísica. ¡No, nada de eso! El origen del empleo que se hace en filosofía analítica del término «analítico» es el que viene del «análisis» tal como lo practicó, p.ej., B. Russell, y que podemos explicar principalmente como el recurso a definiciones en uso (reglas para, cuando nos topamos con oraciones que contienen palabras cuyo sentido reputa uno como problemático, hacer, sistemáticamente, de esas oraciones meras maneras abreviadas de decir otras que no contengan tales palabras); por analogía con las definiciones explícitas, que «analizan» o «descomponen» lo definido (en género próximo y diferencia específica, según la concepción aristotélica), hase dado en

llamar «analítico» ese procedimiento —cuya práctica desde luego puede que sea común a todos los filósofos analíticos, en una u otra medida, pero no es exclusiva de ellos.

Equivócase también Urdániz al ver en la filosofía analítica un análisis «del lenguaje», cuando, en verdad, el interés metodológico por el lenguaje (que tampoco es exclusivo del filosofar analítico: ¡piénsese en Heidegger!) no entraña para muchos filósofos analíticos sino un rastreo de la realidad misma a partir de los indicios que de la misma tenemos en el lenguaje —una indagación trascendental (en sentido realista) de las condiciones (ontológicas) de posibilidad de que nuestro lenguaje se acople al mundo; una indagación similar en eso a la metafísica del conocimiento de N. Hartmann. Tal es el sentido de las investigaciones de Frege, el primer Russell y un largo etcétera que llega al autor de estas líneas.

Nada de todo eso se perfila ni por asomo en la pluma de Urdániz. Así que no es de extrañar que casi no dé una en el clavo nuestro historiador al tratar de entender a los filósofos de ese movimiento. (No tengo espacio para criticar en detalle; básteme ilustrar mi queja con la total desfiguración de la ontología del *Tractatus* de Wittgenstein, especialmente en las pp. 172-3; sólo la frase «Estos [los objetos simples] no pueden estar aislados» revela una completa incompreensión de la concepción tractariana del mundo: según ésta, los objetos podrían estar aislados, ya que podrían existir las relaciones sin que relacionaran nada, en un mundo, perfectamente posible, vacío de hechos.)

Resume Urdániz (p. 379 del t.VII) su valoración de la filosofía analítica diciendo que «está hoy en decadencia», tras haberles endilgado a todos los analíticos en la p. 378 nada menos que supuestos comunes de empirismo y generalizado nominalismo. (¿Empiristas Frege y el primer Russell? ¿Nominalistas Frege, Russell, Church, Bergmann?) Y se lamenta (en la p. 79 y luego de nuevo en la 377) del auge del movimiento analítico en España, quejándose de que «nuestros jóvenes filósofos cultivan, con entusiasmo y fervor de novatos, esta manera de hacer filosofía a la inglesa... despreciando toda la nobleza del pensamiento anterior.» Es difícil responder a tales apreciaciones según se merecen éstas. Ni está en decadencia la filosofía analítica (¡todo lo contrario!) ni es desgraciadamente verdad que la misma haya penetrado en España en una medida apreciable (al revés, por aquí tiénense en general sólo ideas superficiales acerca de tal filosofía, declarándose analíticos, entre nosotros, poquísimos cultivadores de la metafísica, de la historia de la filosofía o de la ética).

El t. VIII tiene, todo él, un acusado tono de panfleto político reaccionario. Dícenos (p.ej) que ha omitido la exposición de Lenin (¡nada menos!) por «razón fundamental de brevedad», como también la de Mao Tsetung; aclarando así el motivo de tales omisiones (p. 5): «no era cosa de proporcionar mayor ayuda a la propaganda marxista, aunque se exponga en visión crítica»; Lenin era un «terrible dictador» (p. 71); es algo feliz (p. 86) el que ya no se hable casi de un diálogo entre cristianos y marxistas; existió la continuada ceguera de Maritain (p. 445) «respecto del peligro máximo que representaba el comunismo y su poder destructor», como lo revelan: el que Maritain se inclinara en la guerra de España en favor de los republicanos «y en contra de los nacionales»; pero esas ilusiones de Maritain «han quedado totalmente frustradas ante la crisis y postración de las democracias actuales sobre todo en... el orden de la paz social, tan conflictivo y agitado por crímenes y revoluciones» (p. 448).

Las lecturas de Urdániz son, cuando no parciales, desafortunadas; hasta las de autores de su misma tendencia. ¡Qué poco ha entendido a Gilson (pp. 448ss)! Escamotea la doctrina ontológica central de Gilson: el ser como lo inconceptuable, como lo expresable sólo por el acto judicativo; es también totalmente insatisfactoria la apreciación que nuestro historiador hace (p. 459) del realismo metódico gilsoniano: las objeciones de Urdániz al mismo revelan confusión y total falta de claridad en el planteamiento mismo de la problemática gnoseológica fundamental. En conjunto es sumamente decepcionante el capítulo sobre la neoescolástica: aparte de equivocaciones de detalle —algunas cómicas, como la de que Muñoz Alonso era un «seguidor de la filosofía tomista» (p. 502)—, la exposición es filosóficamente pobre y, además, omite por completo a los escolásticos anglosajones (ni siquiera aparece el nombre de Joseph Owens).

Siento decirlo, pero desaconsejo a cualquiera que acuda a estos dos volúmenes; si quiere aprender, debe buscar fuentes mejores; si ya sabe, poco o nada nuevo sacará con estos tomos. Urdániz fue sin duda un hombre intelectualmente honesto y trabajador; pero poco entendió de la filosofía contemporánea. (Por lo demás, sin embargo, hay que reconocerle a la BAC un buen trabajo de edición, muy superior al que nos ofrecen otras editoriales españolas.)